

Por España

2-186 2-114 1

("La Nación", Buenos Aires (B. A.), 23 junio 1907)

## POR ESPAÑA

Para LA NACION

SALAMANCA, mayo de 1907.

Un artículo de don José J. Biedma sobre don Angel Román de Monasterio que inserta la revista de ésta, *El Español*, termina con las palabras con que yo terminé mi artículo «Don Quijote y Bolívar», inserto en el número de 30 de enero de este año, en este mismo diario.

Parece, pues, que no soy el único en estimar que los españoles debemos enorgullecernos como de glorias propias de aquellas que los americanos alcanzaron peleando contra España y por su independencia.

Mas junto á esto sé que son no pocos los españoles residentes en América ó los que residiendo aquí conocen mi labor en la prensa americana que estiman y proclaman estoy haciendo en América un gran daño á la causa española. Yo creo lo contrario.

No hace aún mucho tiempo que un español conspicuo é ilustradísimo que fué á la América del Sur con cierta misión de nuestro soberano y después de cumplirla recorrió algunas de esas repúblicas, decía ó su vuelta acá, á la patria, que soy el español que más estoy perjudicando el buen nombre de España en Sud América. Y yo estimo, por el contrario, que soy uno de los que más lo están restableciendo.

Nada nos ha perjudicado á los españoles tanto como esa testaruda soberbia en no querer reconocer nuestros yerros ni darnos nunca por vencidos. No sé ya cuántas veces he repetido en mis escritos aquella que quiero hacer famosa cuarteta de «Las Mocedades del Cid», pero sé que he de repetirla aún muchas más veces. Y ahora va á ser una. Hela aquí:

Procure siempre acertarla  
el honrado y principal,  
pero si la acierta mal,  
defenderla y no enmendarla.

O como se dice vulgarmente: antes mártir que confesor.

Un pueblo, lo mismo que un individuo, no tiene para que se le perdonen sus pecados más que un camino, cual es el de confesarlos y arrepentirse de haberlos cometido.

Pero los pueblos, lo mismo que los individuos, propenden á excusarse y á echar la culpa á otros de sus desaciertos ó de sus tropelías. Adán según la leyenda bíblica, culpó á su mujer Eva de la caída, y Eva á su vez, echó la culpa á la serpiente. Y la serpiente, como era más astuta y más prudente que Adán y Eva—la Biblia pone á la serpiente como modelo de prudencia—se calló y aguantó sin chistar y pegada á tierra las terribles execraciones de Jehová. Y desde los tiempos de Adán, Eva y la serpiente tentadora, es lo que se he hecho, exclamar: ¡padre, yo no he sido!

Esta naturalísima y hasta cierto punto excusable propensión á disculparse nos lleva aquí á casi todos á echar la culpa de



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



los desaciertos de la patria y de los desastres que esos desaciertos traen consigo, a esta ó la otra institución. Para unos los males todos de España ó casi todos provienen de los malos gobiernos, para otros del caciquismo, para éstos del clero ó de la Iglesia católica, para aquéllos del liberalismo, el racionalismo ó la masonería, sin que falten quienes echan la culpa de todo á la monarquía y aún algunos á los repúblicanos.

Cierto es que con relativa frecuencia se repite aquello de que cada pueblo tiene el gobierno que se merece y que no faltan quienes ven la parte de responsabilidad que le alcanza al pueblo mismo, pero éstos añaden que si no está educado la culpa no es suya sino de las clases dirigentes que no han sabido educarlo.

Y cabe preguntar: ¿Se deja él educar? ¿No ha sentido acaso siempre un sentimiento de hostilidad hacia toda aristocracia, sea del género que fuere? ¿No ha repelido y aun perseguido á lo que pudiéramos llamar la crema, ó lo que los franceses llaman «l'élite» de su sociedad? ¿Esa tan mentada y tan celebrada democracia española—la democracia frailuna de que habló Menéndez Pelayo—no es, en el fondo, el producto de la envidia, pasión tan genuinamente española?

Creo servir á España diciéndole las verdades mucho mejor que la sirven los que la adulan. Decía Chassing que Dios odia á los que le adulan. No sé tanto porque mis relaciones con Dios no son, todavía al menos, tan estrechas é íntimas como para haberle arrancado ese secreto, pero sí me atrevo á afirmar que aunque las patrias no odian á los que las adulan, sino que más bien los miman, es porque á las patrias les falta aun mucho para ser divinas. Son humanas, demasiado humanas.

Aquí se está adulando constantemente al pueblo español, diciéndole en todos los tonos que es una excelente primera materia, una masa de primer orden, un pueblo capaz de todo si hubiera quienes lo dirigiesen bien. Esto se les ha dicho y se les dirá á todos los pueblos cuando decaen ó creen decaer—y va diferencia de lo uno á lo otro.

En primer lugar ¿es que la clase dirigente no sale del pueblo mismo, de sus entrañas, siendo carne de su carne, sangre de su sangre y substancia de su substancia? ¿Es acaso que los defectos y deficiencias de esa clase no arrancan de defectos y deficiencias del pueblo mismo de que proceden?

Como esto es de una claridad meridiana y ni puede escapar ni se les escapa á los aduladores del pueblo y de la patria han

recurrido al fatalismo, y nos hablan de ineludibles necesidades de origen geológico, geográfico ó climatológico. Y con esto no hacen sino corroborar los instintos de pereza del pueblo que, diciéndose: «esto no tiene remedio; estamos irremisiblemente perdidos» no hace nada por corregirse y mejorarse.

Este perniciosísimo pesimismo fatalista se ha cultivado entre nosotros, y tanto, que nos acusan de ello á los que más le-



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES



jos estamos de profesarlo. No, yo no achaco los males de mi patria á causas de orden externo é irremediable, sino principalmente y sobre todo á condiciones del carácter colectivo que son corregibles. Y lo primero para corregir tales defectos es reconocerlos y confesarlos. Yo no diré lo que dijo Quintana, á propósito de algunos de nuestros entuertos en América.

Crímenes son del tiempo, no de España, sino que digo y diré que muchos de aquellos crímenes—los que lo fueran, que otros nada de crímenes tuvieron—fueron crímenes de España, aunque á la vez lo hubiesen sido del tiempo. Y no sirve decir que otros no lo hicieron mejor, porque cada uno tiene que responder de sí.

Mi patriotismo es del temple del patriotismo del gran poeta y gran patriota portugués Guerra Junqueiro que en su hermosísimo poema «Patria» hace expiar á Portugal sus crímenes de sangre en el Extremo Oriente, hace que los confiese y por último le presenta crucificado y en lo alto de la cruz, dibujada con sangre, esta ironía: «Portugal, rey del Oriente». Y al morir así, confesando su orgullo y su iniquidad descubré de pronto, en una visión interior, en torno de él las naciones armadas, cerco de lobos en busca de presa, y agonizando exclama: «¡Dios, me abandonas!».

De buena gana reproduciría aquí las palabras que Guerra Junqueiro pone en boca de Portugal agonizante, pero el lector puede verlas en el poema «Patria» ó en mi «Vida de D. Quijote y Sancho», donde las he reproducido.

Así entiendo y sobre todo así siento el patriotismo.

Yo sé que se me recordará lo de Cam, padre de Canaan é hijo de Noé, que al encontrar embriagado á éste llamó á sus hermanos Sem y Jafet para que lo vieran, en vez de cubrir, como éstos hicieron luego de llamados, la desnudez de su padre, por lo cual maldijo Noé á Canaan, su nieto—no á Cam, su hijo—haciéndole siervo de sus tíos. Y de aquí, dicen, que los negros sean siervos de los blancos, semitas ó jafétidas. Sé que se me recordará esto por no cubrir las desnudeces de mi madre España y acaso se me pronostique que mis hijos tendrán que servir á los hijos de los españoles que la adulan. Pero yo sé, por mi parte, bien lo que me hago.

—«Bueno—dirá algún español al leer esto—convenido, todo esto está bien, pero ¿no pasa lo mismo en los demás pueblos?»

Y yo le digo que si pasa lo mismo en los demás pueblos y no lo confiesan peor para ellos, y que la soberbia colectiva es más perniciosa aun que la soberbia individual y que, además, en punto á soberbia colectiva nos tienen que dar la palma, si es que palma cabe en esto.

Dudo que en otra parte alguna esté más desarrollada que aquí la soberbia gratuita, es decir, la soberbia que no se funda en obras. Porque aquí los más soberbios son los más haraganes, son los más ignorantes, son los que en su vida hicieron nada. Parecen decir: «¡Si yo me pusiera á algo, veríais lo que es bueno!» Y no se ponen á nada, porque su soberbia no padezca.







De esta soberbia gratuita, hija de haraganería, deriva la envidia, esa terrible y corrosiva envidia que nos tiene postrados. Los legados que tenían en España las repúblicas italianas de la Edad Media, en las memorias que dirigían a sus respectivos gobiernos hacían notar con frecuencia que la envidia era el sentimiento dominante del español. Y tan conocido y sabido es el símil de la cucaña, que me creo dispensado de reproducirlo.

«Sí, me atajará aquí el lector español a quien me refiero, y no es menos conocido el verso de Bartrina:

y si habla mal de España es español

que estás haciendo bueno con tus agrías y desabridas indiscreciones.» Y yo digo que no hablo mal de España, sino del pueblo español, lo cual es otra cosa. España es algo más ideal y más elevado. Y el pueblo español tiene el deber de elevar y ensalzar esa entidad espiritual que llamamos España. España es un legado que cada generación recibe y transmite luego a la generación subsiguiente. ... legado de-

bemos transmitirlo a nuestros hijos corregido y mejorado. Y para ello corregirnos y mejorarnos. Y para corregirnos y mejorarnos empezar por reconocer y confesar nuestras culpas.

«¿Y por qué nos has de decir esto—rearguye el lector español—delante de extranjeros y diciéndoselo más bien a ellos? Cuando en una mesa comete uno una falta delante de convidados, se espera a que éstos se vayan para reprenderlo.» O se le reprende delante de ellos para que sea más eficaz la reprimenda. Y ante todo no sé que podamos llamar extranjeros, así, a boca llena, a los sudamericanos, cuya sangre espiritual, el idioma, es la misma nuestra y cuyos defectos son, como sus virtudes, por regla general—y aunque muchos crean otra cosa—los mismos nuestros.

Además estimo que es a los españoles establecidos en los países hispanoamericanos a los que principalmente compete la tarea de educar a España y mostrarle sus defectos. Viven en países que sin ser España tienen mucho de ésta, son en rigor jurídico extranjeros y, sin embargo, no lo son. El hecho de hablar la misma lengua y el hecho de representar a un país que fué en un tiempo el dueño de esos países les impone ahí especialísimas obligaciones morales.

Muchas veces se ha dicho que la prosperidad relativa de las regiones españolas del litoral cantábrico se debe en buena parte a los capitales y las iniciativas de los llamados «indianos» ó «americanos»—mi padre lo fué—de los que hicieron una fortuna mayor ó menor allende el Océano, ó aprendieron allá a trabajar ruda y tenazmente. Pues es menester que se les deba también la mejora espiritual del pueblo español.

El patriotismo de las colonias españolas establecidas en las repúblicas hispanoamericanas no ha de reducirse a salir ahí a la defensa de la madre patria venga ó no a cuento y con razón ó sin ella, ni a cubrir subscripciones para comprar buques de guerra. Esto no está mal, pero estaría







mejor que tratasen de influir en España enseñando á sus hermanos los que aquí se quedaron y aquí viven, qué es lo que de nosotros se piensa y se dice y cuáles son los defectos que más nos perjudican cuando salimos de casa.

Yo, español y español hasta las cachas, tan español como el que más, estoy conforme con Abul-Bagi cuando en el artículo «Penelopismo» de su valentísimo libro «Armonías y rebencazos» protesta de cierto sentido que se quiere dar á las «colonias» y de aquello de que hicieran suprimir lo de «y á sus plantas rendido un león».

¿Qué más da que se cante ó no se cante eso? Dejadle al león que como decía Silvela cuando le echaron en cara que su abuelo fué afrancesado: á mí no me alcanza responsabilidad en ello. Tan insubstancial me parece eso, como me parece insubstancial la pretensión de algunos francófilos de aquí de que se deje de celebrar el 2 de mayo y no se festeje centenario el año que viene. Esas cosas pierden su sentido con el tiempo para convertirse en meras fórmulas y no más que una fórmula, vacía de contenido, era ya eso del león. Y si ello servía para excitar el sentimiento patrio argentino, bien estaba.

Yo, vasco, y vasco por todos diez y seis costados, estoy conforme con Abul-Bagi cuando dice que no debió haberse hecho un argumento en favor de la fórmula presidencial Uriburu-Udaondo de que estos dos apellidos sean de origen vasco. Bien está que los vascos, y los españoles todos, procuren ahí que su nombre se respete y hasta se magnifique, pero ello tiene su límite. Nadie lleva con más orgullo que yo mi condición de vasco y de español, pero ni lo uno ni lo otro me han llevado á creer que debo adular ni á Vasconia ni á España. A una y otra patria, á la chica y á la grande, les he dicho las verdades encogéndome de hombros ante los desgraciados que una y otra vez me motejaron de mal vasco y de mal español.

Los malos vascos son los infelices—Dios los perdonará, porque, por lo común, no saben lo que se hacen—que propalan por ahí verdaderos desatinos, que hablan mal de España con falta de justicia, y de verdad, que publican semanarios como uno cuya traducción al castellano es «relincho» debiendo ser «rebuzno», lleno de groserías, y que dan aire á todas las ridículas ficciones y disparates pseudocientíficos referentes á lingüística, etnología é historia, que no hacen sino ponernos en ridículo y extender y corroborar una creencia que nos perjudica. Esta creencia es la de que el vasco es un hombre leal, honrado, trabajador, serlo, digno de toda confianza, pero de cabeza dura, de comprensión tardía y de inteligencia rudimentaria. Unos cuantos







vascos—Maestu, Baroja, Grandmontagne, Salaverria, Arzadun, Aranzadi, etc.—nos hemos propuesto demostrar lo contrario, pero, por lo general, no somos los favoritos de nuestros paisanos. Estos prefieren á los que los adulan repitiéndoles una vez y otra las mismas ineptias y las mismas patrañas respecto á nuestra vieja lengua y á nuestra raza, y á nuestra historia, siendo así que nuestra fuerza está en no tener, apenas, historia. Y de la lengua no voy á hablar una vez más.

Y los malos españoles son los que á todo trance se empeñan en defender y cohonestar cuanto nuestros antepasados hicieron, ó en negar cosas evidentes. Para ellos será yo un mal español.

Sé que de vez en cuando acá ó allá se meten conmigo y me insultan ó pretenden hacer reír á las gentes á cuenta mía, pero debo advertirles que su trabajo es trabajo perdido. Hay papeles y periódicos que van al cesto sin que los lea, pues los conozco por el olor, y hay otros en que me basta leer dos líneas para no seguir leyendo. Y aunque sé que no me lo han de creer, lo cual me importa poco, he de decirles que mi régimen de asepsia y antisepsia espiritual es rigurosísimo, y que soy un héroe en lo de no enterarme de lo que no quiero. Me pasa con esto lo que con las chavacanas y ramplonas groserías de los que se llaman á sí mismos católicos—séanlo ó no—y es que no llegan á mí. Y hasta me regocijo de ello, porque cuando en vez de razones discretas se me vienen con invectivas burdas y no pocas veces socces, por algo será.

La consigna primera fué no hacerme caso, después vino la de no tomarme en serio, y ahora empieza la de insultarme. Lo cual quiere decir que marcha bien.

Y acabo declarando con arrogancia genuinamente española que creo ser uno de los españoles que más están haciendo en la América española por el buen nombre de España.

MIGUEL DE UNAMUNO.

